

1504, y llevó cartas de recomendacion para Don Nicolás de Obando, comendador mayor de la órden de Alcántara, que era su deudo, y gobernaba en esta sazón la isla de Santo Domingo. Luego que llegó á ella y se dió á conocer, halló grande agasajo y estimacion en todos, y tan agradable acogida en el gobernador, que le admitió desde luego entre los suyos, y ofreció cuidar de sus aumentos con particular aplicacion. Pero no bastaron estos favores para divertir su inclinacion, porque se hallaba tan violento en la ociosidad de aquella isla, ya pacificada y poseida sin contradiccion de sus naturales, que pidió licencia para empezar á servir en la de Cuba, donde se traian por entónces la armas en las manos; y haciendo este viaje con beneplácito de su pariente, trató de acreditar en las ocasiones de aquella guerra su valor y su obediencia, que son los primeros rudimentos de esta facultad. Consiguió brevemente la opinion de valeroso, y tardó poco mas en darse á conocer su entendimiento; porque sabiendo adelantarse entre los soldados, sabia tambien dificultar y resolver entre los capitanes.

Era mozo de gentil presencia y agradable rostro, y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza tenia otras de su propio natural que le hacian amable, porque hablaba bien de los ausentes, era festivo y discreto en las conversaciones, y partía con sus compañeros cuanto adquiria, con tal generosidad, que sabia ganar amigos sin buscar agradecidos. Casó en aquella isla con Da. Catalina Suárez Pacheco, doncella noble y recatada; sobre cuyo galanteo tuvo muchos embarazos, en que se mezcló Diego Velázquez, y le tuvo preso hasta que ajustado el casamiento, fué su padrino y quedaron tan amigos, que trataban con familiaridad; y le dió brevemente repartimiento de Indios, y la vara de alcalde en la misma villa de Santiago; ocupacion que servian entónces las personas de mas cuenta, y que solia andar entre los conquistadores mas calificados.

En este paraje se hallaba Hernan Cortés, cuando Amador de Lariz y Andrés de Duero le propusieron para la conquista

de Nueva España, y fué con tanta destreza, que cuando volvieron á verse con Diego, prevenidos de nuevas razones para esforzar su intento, le hallaron declarado por Hernan Cortés, y tan discursivo en las conveniencias de fiarle aquella empresa, que se les convirtió en lisonja la persuasion que llevaban meditada, y trataron solo de obligarle con asentir á lo mismo que deseaban. Discurrióse en la conveniencia de que se hiciese luego el nombramiento, para desarmar de una vez á los pretendientes: y no se descuidó Andrés de Duero en pasar por diligencia de su profesion la brevedad del despacho, cuya substancia fué: que Diego Velázquez, como gobernador de la isla de Cuba, y promovedor de los descubrimientos de Yucatan y Nueva España, nombraba á Hernan Cortés por capitan general de la armada, y tierras descubiertas y que se descubriesen, con todas aquellas extensiones de jurisdiccion y cláusulas honoríficas que la amistad del secretario puede ingerir, como primores de la formalidad.

SOLIS.

TOMA DE LA GOLETA POR CÁRLOS V.

IBASE cada dia ganando tierra con los alojamientos hácia la Goleta, llevando delante sus trincheas y reparos para seguridad: trabajaban todos en hacerlas, porque siempre andaba su Majestad entre los gastadores, que no le faltaba mas de tomar el azadon. Cada dia se tramaban escaramuzas bien reñidas con los corsarios que salian de la Goleta. Un dia salió Saleco con buena parte de su gente, y dió en un bastion donde tenia su estancia el conde Sarno con sus italianos. Salióle al encuentro el conde, y el Turco por engañarle y desviarle de su gente, fingió que huía; y cuando le tuvo cerca de una emboscada, revolvió sobre el Conde con tanta furia, que le mató á él, y á cuantos con él se hallaron,

que apenas quedó ninguno; y si alguno huyó, tampoco pudo escapar, porque los turcos siguieron su alcance hasta volver á nuestro campo, y los españoles, según se dice, aunque pudieran, no los quisieron socorrer, porque tenían desabrimiento de que los italianos hubiesen tomado aquel lugar por mas peligroso y honrado, en competencia de los mismos españoles. Llevó Saleco á Barbaroja la cabeza y la mano derecha del conde, y hicieron con ella gran fiesta los turcos; de que su Majestad sintió grandísimo dolor, que el conde era muy buen caballero.

No se gozaron mucho los españoles, si acaso les plugo, con la desgracia de los italianos, porque luego otro día salió de la Goleta Tabagues, y dió tan repentinamente en el cuartel de los españoles, que mató muchos en la trinchea y en el foso; y ganó una bandera de D. Francisco Sarmiento, y mató al capitán Méndez, que de muy grueso no pudo huir. Fué tanto el peligro en que se vieron, que hubo de acudir su Majestad á remediarlo, y á castigar de palabra el descuido que habian tenido. Holgáronse mucho de este desmán los italianos; y como por la mayor parte todos eran bisoños, y los españoles soldados viejos, dábanles grita burlando de ellos, porque siendo tan cursados en la guerra se habian tanto descuidado, sabiendo que lo habian con gente arrebatada, y que no peleaban sino como ladrones de sobresalto.

GONZALO DE ILLESCAS, *Jornada de Túnez.*

BATALLA DEL ELBA.

A ESTE tiempo el Duque de Alba, conociendo tan buena ocasion, envió á decir al Emperador que él cargaba, y así lo hizo por una parte con la gente de armas de Nápoles, y el Duque Mauricio con sus arcabuceros por la otra; y luego su gente de armas y nuestra batalla, que ya habia tornado á ganar la mano derecha, movieron contra los enemigos con

tanto ímpetu, que súbito comenzaron á darla vuelta; y apretaron los nuestros de manera, que de ninguna otra cosa les dieron lugar sino de huir, y comenzaron á dejar la infantería, la cual al principio hizo un poco de resistencia para recogerse al bosque. Mas ya toda nuestra caballería andaba tan dentro de la suya y de sus infantes, que en un momento fueron todos rotos. Los úngaros y los caballos ligeros, tomando un lado, acometieron por un costado; y con una presteza maravillosa comenzaron á ejecutar la victoria, para lo cual estos úngaros tienen grandísima industria, los cuales arremetieron diciendo "España;" porque á la verdad, el nombre del imperio, por la antigua enemistad, no les es muy agradable.

Esta manera llegó al bosque, por el cual eran tantas las armas derramadas por el suelo, que daban grandísimo estorbo á los que ejecutaban la victoria. Los muertos y heridos eran muchos, unos muertos de encuentro, otros de cuchilladas grandísimas, otros de arcabuzazos; de manera que era una la muerte, y los géneros della muy diversos. Eran tantos los prisioneros, que habia muchos de los nuestros que traian quince y veinte soldados rodeados de sí. Habia muchos hombres, que parecian ser de mas arte que los otros muertos en el campo; otros que aun no acababan de morir, gimiendo y revolviéndose en su misma sangre: otros, se veia que se les ofrecia su fortuna como era la voluntad del vencedor; porque á unos mataban, y á otros prendian, sin haber para ello mas eleccion, que la voluntad del que los seguia. Estaban los muertos en muchas partes amontonados, y en otras esparcidos; y esto era como los tomaba la muerte, huyendo ó resistiendo. El Emperador siguió el alcance una legua; toda la caballería ligera, y mucha parte de la tudesca y de los hombres de armas le siguieron tres leguas. Ya estábamos en medio del bosque, cuando el Emperador que allí estaba, paró y mandó recoger algunas gentes de armas allí, porque toda andaba ya tan esparcida, que tan sin orden andaban los vencedores como los vencidos.

Esta victoria tan grande el Emperador la atribuyó á Dios, como cosa dada por su mano: y así dijo aquellas tres palabras de César, trocando la tercera, como un príncipe cristiano debe hacer, reconociendo el bien que Dios le hace: así dijo; vine, ví y Dios venció. Pareció bien á todos la moderacion de ánimo que el Emperador usó con el Duque de Sajonia; porque otro vencedor, pudiera ser, que contra quien le hubiera ofendido como este le ofendió, no templara su ira como el Emperador lo hizo: la cual es mas dificultosa de vencer algunas veces, que al enemigo.

DON LUIS DE AVILA Y ZÚÑIGA, *Coment. de la Guerra de Alem.*

UN SÍ Y UN NO.—ACT I. Esc. I.

PILAR, DOÑA GREGORIA.

Pilar aparece bordando una pechera de camisa, puesta en un bastidor apropiado. Pasan algunos instantes de silencio, durante los cuales Doña Gregoria mira y arregla los trastos de la sala.

Doña Greg.—Ni en mi cuarto ni aquí la encuentro, Pilar.

Pilar.—No se canse V. mas en buscarla, Doña Gregoria.

Da. Greg.—Yo misma la recibí del cartero. No sé donde puedo haberla escondido. Una distraccion de las mias.

Pilar.—¿Está V. segura de que la tal carta era para mí?

Da. Greg.—A Doña María del Pilar Villaurrutia decia el sobre, calle de la Estrella, número 23, cuarto principal, habitacion de huéspedes. En esta casa no hay mas Pilar que V.

Pilar.—Pues no sé de quien pueda venir. A mí nadie me escribe.

Da. Greg.—Algun antiguo conocimiento de su padre de V. El era muy rico, ¿verdad?

Pilar.—Muy rico no; pero cuando vino á Madrid, contaba con cincuenta mil duros para mi dote.

Da. Greg.—Y, ¿todo lo perdieron ustedes?

Pilar.—Lances de fortuna, Doña Gregoria. Un millon

poseiamos, en billetes de banco por cierto; y, al morir mi padre..... haga V. cuenta que ni un maravedí nos quedó. Habia una deuda, que importaba mas de otro tanto; era mi padre muy hombre de bien, y quiso pagarla.

Da. Greg.—Ya. Debiendo.... y teniendo conciencia.... No tenia conciencia de huésped su padre de V. Si me hubieran pagado á mí todos los que me han debido hospedaje, ya hubiera dejado este ejercicio tan afanoso. Bien que ahora con ustedes tres, mucho me duren, estoy en la gloria.

Pilar.—Temo que se va usted á quedar pronto sin uno.

Da. Greg.—¿Don Pablo tal vez?

Pilar.—No, señora, Florencio.

Da. Greg.—¡Adios! Habrán ustedes vuelto á reñir.

Pilar.—Con mas fuerza que la otra mañana.

Da. Greg.—¿Rompimiento formal?

Pilar.—Poco ménos.

Da. Greg.—¿Y con qué motivo?

Pilar.—Con el de siempre. Estábamos solos. Rabia Florencio por conversar á solas conmigo. Principió á ponderarme su afecto con unas razones tan sin razon.... Me habló de las doce tablas de la ley, que yo no sabia que pasasen de dos; me citó las novelas de Justiniano que estudió en la Universidad, asombrándome yo de que allí hubiese cátedras de novelas; y me dijo por fin que ya tenia en su poder el título de licenciado en jurisprudencia. Todo esto sin dejarme dar aquí una puntada, porque trae tal desasosiego cuando está cerca de mi silla, que si no me enfado, no hay forma de averiguarme con él. “Florencio, le dije, permítame usted concluir el bordado de esta pechera, que es para un novio, y la está esperando la oficiala que ha de hacer la camisa.—Yo no quiero que borde V. sino para mí.—¿Tiene V. ya licencia de su padre para contraer matrimonio?—¡Matrimonio! replicó entónces con un gestillo de probar acerolas verdes; con tan poca edad, y sin haber defendido un pleito, ¿cómo quiere usted que me arriesgue á casarme?—Y ¿cómo quiere usted que entretanto le oiga yo hablar de novelas que

no paran en boda? Se picó, me llamó exigente, le exigí que se retirara, se marchó trinando á su habitacion, y seguí mi tarea; he roto una docena de agujas, y creo haberme dado cien punzadas en este dedo.

Da. Greg.—Pilar, Don Florencio nunca ha pensado en ser esposo de usted.

Pilar.—Días ha que lo sospecho.

Da. Greg.—¿Porqué diantre quiere usted á ese títere?

Pilar.—¿Qué sé yo porqué le quiero? Porque no debiera quererle, por eso quizá. El aun no ha cumplido veinticinco años; yo voy caminando á los veintisiete; él es un muchacho elegante que frecuenta las tertulias de Madrid mas lucidas; yo, desde que la pérdida de mi padre me dejó huérfana, de vivir entre costureras y tenderos me he convertido en una especie de modistilla groseruela y sin aprension. Su padre está bien; yo del mio no heredé sino tentaciones. El, que ya es abogado, puede aspirar á los destinos mas principales; mi bastidor es mi hacienda y mi única esperanza para lo sucesivo. ¿Cuánto le parece á usted que me pagan por esta pechera, Doña Gregoria?

Da. Greg.—Veinticinco duros lleva por ella el comerciante; le dará veinte napoleones á V.

Pilar.—¡Veinte! Doce; y me cuesta un mes de trabajo, á catorce horas de tarea diaria, de cuyas resultas ya la vista se me va resintiendo. Compare V. mi situacion con la de mi. . . . con la de ese hombre.

Da. Greg.—Quien debe compararla es usted. Pero Dios mejora sus horas, Pilar. Si se marcha Florencio. . . . Es un huésped que paga bien, sentiria perderle; sin embargo, todavía sintiera mas la fuga del otro. Si Florencio levanta el campo, no hay que afligirse; á pollo muerto, gallo vivo. Ahí queda el bueno de Don Pablo García, que, sin ponderacion, adora en V.

Pilar.—¡García! Pues nunca me ha dicho. . . .

Da. Greg.—Como ve que el otro es quien priva. . . . Y él, que no peca de temerario. . . . Soldado fué; pero lo que tiene

de emprendedor Florencito, lo tiene García de respetuoso y atento. Ha servido muy bien á su país en las armas, y le sirve en las letras.

Pilar.—Es un hábil calígrafo. . . . sujeto muy honrado y juicioso. . . . como que no es ya ningun muchachuelo.

Da. Greg.—Treinta y ocho años cuenta: me parece que para usted. . . .

Pilar.—Sí, comprendo. Para mí, que he salido ya de minoría, mejor fuera un hombre de mas edad que yo, que uno de ménos.

Da. Greg.—Como nuestros apreciadores afirman que desmerecemos tanto en sumando los cinco cincos. . . . Bien que V. apénas representa veinte años, y cada dia tiene mas gusto para acicalarse.

Pilar.—Mas gusto no, mas necesidad sí. Por eso gasto ahora doble tiempo que ántes, y doble dinero, en componerme y vestirme.

Da. Greg.—Y con ese cuerpo tan lindo, lo luce V., que da gozo verla. Ayer la contemplaba á usted García desde su balcon.

Pilar.—¿Ayer?

Da. Greg.—Siempre que sale usted á cualquier diligencia. La seguia con los ojos miéntras iba usted calle arriba, tan embelesado y tan contento el pobre, que no se pudo contener al fin sin decirme: “¡Doña Gregoria, mire usted con qué garbo y qué señorío va Pilar por aquella acera! Agil sin desgarro, derecha sin tiesura. . . .”

Pilar.—¡Derecha! Sí, buen trabajo me va costando.

Da. Greg.—¿Qué dice usted?

Pilar.—¿Cómo quiere usted que se conserve derecha una mujer, plegada todo el dia sobre los bancos del bastidor? Crea usted que si deseo mudar pronto de estado, es principalmente por el miedo terrible de que, siguiendo algunos años amarrada á este pícaro trasto, no me libro de una corcova.

Da. Greg.—Pues, hija, Don Pablo suspira por usted en

silencio, y aunque no es mucho lo que gana extendiendo títulos y enseñando primeras letras, puede mantener con decencia á su esposa ; fuera de que, el dia ménos pensado, le colocarán por influjo de este consejero, á quien dió lecciones de ortografía. Determínese usted por él, y conservará sin curva la espalda.

Pilar.—Primero es que él se determine á manifestarme su pensamiento.

Da. Greg.—¿ Y si llega el caso ?

Pilar.—No estoy ahora para decir. . . .

Da. Greg. Los once años que García le lleva á usted ¿ no le costarán un desaire ?

Pilar.—¿ Me traen á la memoria un lance tan raro esos once años de diferencia !

Da. Greg.—¿ Qué lance ?

Pilar.—La historia de mi primer amor viene á ser.

Da. Greg.—¿ Sí ? Refiérala usted.

Pilar.—Cuando murió mi padre, vivíamos junto á las Calatravas, en un cuarto bajo. Dos años ántes de aquel desgraciado acontecimiento, que contaba yo trece, un dia de fiesta por la tarde me senté á la reja, y entreabriendo unas cortinillas de tafetan, me puse á mirar á los que bajaban al Prado. De pronto me ocurrió decir para mí : “ Yo, si Dios no dispone otra cosa, me casaré el dia de mañana : voy á ver de los jovencitos que pasan, cuál me gusta para marido.”

Da. Greg.—Con tiempo lo tomaba usted.

Pilar.—Lo mismo que si pudiese escoger esposo á la manera que elige sultana el emperador de los turcos, empecé á observar á cada cristiano transeunte, poniéndoles faltas á casi todos. El uno era feo, el otro desgarbado, este parecia un hortera, aquel un aprendicillo de barbero. Pasó en fin por medio de la calle un airoso jóven en un caballo chiquito perla ; y apenas le ví, solté las cortinas, y me quité de la ventana diciendo : “ Aquel, no veo mas.” Figurábame yo que mi preferido seria un mancebo de quince años á lo

sumo ; en los periódicos del dia siguiente leí que cerca de la ermita del Angel, un caballo perla habia derribado y muerto al jinete. . . .

Da. Greg.—¿ Pobre criatura !

Pilar.—Criatura de veinticuatro años, segun los periódicos.

Da. Greg.—¿ Ay Jesus !

Pilar.—De trece á veinticuatro van once. Como la calle de Alcalá es harto espaciosa, engañada yo por la distancia, habia elegido un novio que me doblaba casi la edad. Considere usted ¿ qué feliz y durable fué mi primera eleccion !

ESCENA V.

FLORENCIO, GARCÍA.

Florencio.—¿ Qué tardará en llegar esa diligencia ?

García.—Sobre una hora.

Florencio.—Iré dentro de un rato á esperar á mi padre. Amigo se ha lucido usted en la portada que ha dibujado para el álbum de Isabelita.

García.—¿ Ha visto usted el álbum de la señorita Valdáriz ?

Florencio.—Conozco á esa niña y al consejero, su tío y tutor, aunque no visito su casa. Quien allí manda en gefe es usted.

García.—Don Luis y su pupila me aprecian : hace mucho tiempo que nos tratamos.

Florencio.—Ayer le tuvieron á usted á su mesa.

García.—Fué el cumpleaños de Isabelita.

Florencio.—Me han asegurado que don Luis trata de casarlos á ustedes.

García.—Ni ella ni yo sabemos palabra.

Florencio.—Con pocas puede arreglarse el asunto. Isabel es amable y su dote crecido.

García.—No soy de los que idolatran en el dinero.

Florencio.—Pues mire usted, se comprende bien ese linaje

de idolatría. Discurriendo positivamente, lo único apreciable, lo único útil, lo único bueno que hay en este mundo es el dinero.

García.—¿Y la virtud? y el honor? y el saber?

Florencio.—La virtud, el honor y el saber sin dinero son atropellados y escarnecidos por el dinero sin honor, sin saber ni virtud; así pues, aunque no sea mas que para la natural defensa, el virtuoso, el honrado y el sabio tienen absoluta necesidad de dinero, de mucho dinero.

García.—El hombre de bien, como junte para vivir, no necesita mas.

Florencio.—El que solo tiene para vivir, es pobre; y el pobre, por muchas virtudes que posea, no deja de ser un ente inmoral.

García.—¿Está usted en su juicio? Pues el pobre virtuoso ¿á quién da mal ejemplo?

Florencio.—A cuantos amen la virtud, sin amar la indignidad. Ponga usted á un muchacho á la cabecera de un hombre de bien que se muere de hambre, y diga usted á la criatura que aprenda del moribundo á ser bueno: ¿qué responderá el chico? “yo seré un santo; pero quiero comer.” Pues ese niño es la fiel imágen del género humano, tal como existe en la actual sociedad. La virtud, en coche y con brillantes, alienta á seguirla; descalza y con andrajos, á nadie enamora.

García.—Señor Don Florencio Pascuaflorida, usted es licenciado de la universidad, y yo del ejército. Usted ha aprendido á sostener con razones, ó cosa que se les parezca, una opinion buena ó mala, y yo no; pero escúcheme usted una historia, no agena del caso. En Alhama, la de Aragon, el año 1839, compartian el modesto albergue de una viuda anciana dos forasteros, que habian ido allí á tomar las aguas medicinales; el uno tenia con la viuda algun parentesco, y era persona acaudalada, sin mas dolencia que un exceso de robustez: el otro era un huérfano de pocos medios y endeble salud. Salteó una gavilla de bandidos el pueblo; robó y quiso matar á los dos huéspedes de la anciana: dos

hijos de ella, el uno muy honrado, el otro un perdido, valientes ámbos, los defendieron á todo trance, y arriesgándose mucho, les salvaron la vida. Repúsose con aquellas aguas el huérfano; se celebró entónces un sorteo de quinta, y cayó soldado el hijo bueno de la patrona. Era aquel jóven el sosten de su madre, porque del otro no tenia que esperar mas que pesadumbres y trampas. Acudió la madre á su deudo, pidiéndole prestada una cantidad para tomar un sustituto por el buen hijo; contestó el pariente que no habia necesidad de dinero ni sustituto, porque él daria eficaces consejos al hijo malo, á fin de que se portara bien con su madre miéntras el bueno llevaba el fusil. El otro huésped, sin dar ni pedir consejos á nadie, se presentó por suplente del quinto, y sirvió siete años por él. Dígame usted, Señor Don Florencio, ¿ejerceria nocivo influjo la conducta de aquel muchacho?

Florencio.—Hombre....

García.—¿Qué le fué mas beneficioso á la viuda? ¿tener derecho al amparo de un rico, ó haber merecido el agradecimiento de un pobre? Cuál de los dos quisiera usted ser? el pariente ó el huérfano?

Florencio.—¿Qué renta anual disfrutaba el pariente?

García.—No bajaria de cincuenta mil reales.

Florencio.—Esos quisiera yo para excusarme de escribir pedimentos. Pero, hallándome en lugar del ricote, hubiera sacado del apuro á la viuda. Ya ve usted que ni soy avaro, ni muy ambicioso.

García.—A la verdad cuando usted pretende á una bordadora....

Florencio.—Esa es harina de otro costal. Pilar me gusta mucho; pero....

García.—Pero qué?

Florencio.—Aun soy menor.... aun no estoy casado.

García.—¿Qué quiere usted decir?

Florencio.—Que dependo todavía de mi padre.... y que voy á aviarme para recibirle. (Váse.)

CUADRO DE COSTUMBRES.

PRÓLOGO.

No son los extranjeros (que eso nada de extraño tendría) son los españoles, que nos hacen un cargo, de pintar las cosas de nuestro país solo por un lado favorable.

Es muy cierto, y todo el mundo sabe, que en España como en todas partes, hay gentes y cosas malas; nunca hemos pensado en negarlo, ni en hacer de España una Arcadia, y esto lo prueba los muchos tipos malos, que si bien no en primer término, se encuentran en nuestras novelas y cuadros de costumbres, como necesarias sombras en la composición. Lo que sí no hemos querido es tomarnos la ingrata, poco interesante y menos útil tarea de poner en primer término los tipos malos, y de dar publicidad á las cosas que lo son. Lo hemos dicho ya en otras ocasiones: la crítica y la pintura de lo malo que rebaja al hombre, es un correctivo ineficaz al mal; el elogio ó la pintura de lo bueno que lo enaltece, es el mas dulce de los estímulos al bien. Otros críticos poco benévolos dicen que inventamos lo que damos por cosas ciertas. Agradecemos el favor grande que con esta censura se hace á nuestro ingenio, pero sin admitirlo; lo uno, porque tenemos en mucho mas el ser verídicos que ingeniosos, y en mas alta estima el que se nos crea que el que se nos admire; y lo otro, que es cosa de harta mas importancia el que se tenga fuera y dentro de España un exacto conocimiento de la índole, del carácter, de las costumbres y hasta del modo de expresarse de nuestro pueblo meridional, que puede serlo el que un escritor de nuestra insignificancia esté ó no esté dotado de ingenio. Téngase en cuenta que rebuscamos los granos de la buena semilla en un campo que se está segando, y déjesenos conservarla en estas hojas, puesto que estatuas, monedas y otros efectos de pasadas épocas se suelen extraer de excavaciones, pero no así las cosas de la esfera intelectual, que son sentimientos que se

entierran para siempre con los corazones que los abrigaron, palabras que se pierden en el aire en que se pronunciaron, y usos que pasan sin dejar rastro. Es de advertir que si diésemos al público como fruto de nuestra inventiva los cuadros de costumbres que trazamos, se nos echaria en cara con la misma hostilidad, que dábamos por nuestro lo que no lo era, y entónces la crítica tendría razon.

El sencillo argumento del presente cuadro, del que puede decirse que se encierra todo en la última frase de la mendiga, lleva consigo su auténtica en la imposibilidad que hay de que tal frase se invente; semejante energía, laconismo y profundo sentido en la locucion no los halla sino el noble corazón de una madre del pueblo español. Las gentes cultas comprendemos lo sublime y solemos ahogarlo en las flores de la retórica; el pueblo católico español, sin comprenderlo, lo realiza á veces, y lo presenta en toda su verdad y sencillez como lo hace la Biblia.

Se nos vitupera igualmente nuestro patriotismo por aquellos que llenos del espíritu cosmopolita moderno, clasifican el amor á la patria de necia preocupacion de los siglos bárbaros: y adviértase que así lo hacen, cuando se trata del que nos apega al país que nos vió nacer, á su carácter, á sus costumbres, á sus tradiciones, á sus creencias, á sus instituciones, al respeto y cariño á la enseñanza de nuestros mayores; pero cuando la palabra patriotismo se escribe en la bandera enarbolada por los que quieren destruir todo esto, entónces es á sus ojos sublime, santo, padre de héroes, y apuran para aplicárselas las calificaciones mas retumbantes! Entónces existe—no; entónces se profana su nombre.

Dice el pueblo que para todo se necesita entendimiento, hasta para barrer, y nosotros decimos que para todo se necesita justicia, pero sobre todo para la crítica, sopena que esta produzca el efecto contrario al que se propone el que la ejerce.

Nada que argüir tenemos á aquellos á quienes nuestros cuadros no gustan, no solo porque en materia de gusto no

cabe discusion, sino porque participamos de su opinion, ya que no en cuanto á los argumentos (que son todos, en parte ó por entero ciertos, y muy buenos) pero sí en el modo de presentar lo que es inhábil y defectuoso, y que pocas veces nos deja satisfecho. Pero ya que no hay cajas de plata en que conservar cosas tan bellas consérvense aunque sea en caja de peltre.

En este como en los mas de nuestros cuadros el argumento es cosa sencilla y poco complicada, por lo que carece de ese movimiento, de esas intrigas, de esas pasiones, que son, en particular en Francia, la esencia de la novela; por eso hemos tenido cuidado de no denominar á estas composiciones novelas, sino cuadros, para que todo aquel á quien no agrada el estudio de las costumbres, del carácter, de las ideas, y del modo de expresarlas de nuestro pueblo, no las lea.—El que quiera brillantez, movimiento, bien urdidias intrigas, pasiones y artes, búsquelo donde lo halle, y no se venga á sentar al sol de Dios con nosotros.

CAPÍTULO I.

El cuerpo lo viste el oro,
pero el alma la nobleza.—CALDERON.

DESPUES de haber atravesado Córdoba, ve el Guadalquivir al camino de hierro acercársele y saltarle por encima en su afanosa carrera de trajinero, y sin cuidarse de él, prosigue en su pausado andar de caballero, dejándose llevar de las inclinaciones del terreno como el que pasea, y llegando con esa majestad de todo lo que es grande y tranquilo á la Vega de Sevilla.

A la izquierda, y como prólogo de su historia, que cuenta Sevilla con sus monumentos, encuentra el rio al magnífico convento de San Gerónimo, que abandonado, y falto del cuidado que le prestaban sus monjes, se desmorona como un cuerpo en que ya no late el corazon; y mas abajo, á la dere-

cha, halla á la Cartuja metida entre sus naranjos, como si no habiéndole bastado la soledad y el silencio, hubiese buscado la sombra. Baña despues los robustos piés del hermoso puente de piedra y hierro que lo vadea, se acerca á las Delicias, cuyos frondosos árboles refleja en sus aguas como una dulce impresion que recibe, é inclinándose á la derecha, camina entre mimbrales hácia San Juan de Alfarache, sentado al pié de la vertiente de un monte, que unido á otros, forma un hermoso vallado, el llano de Triana.

Vestidas las vertientes de aquellos, de apiñados olivares, como los merinos de su crespo y espeso vellon, ostentan sus cimas, blancos pueblecitos como si intentasen estos pigmeos imitar á las nevadas cumbres de los Alpes.

Entre Tomáres y Castilleja de Guzman se halla el mas considerable de estos pueblecitos, Castilleja de la Cuesta, á quien atraviesa el camino que conduce á Aljarafe, esa comarca tan fértil, tan hermosa, y tan rica en viñedos.

Es ocasion de anotar aquí, ya que en Castilleja de la Cuesta nos encontramos, que el Pedro Jiménez, ese vino que es hoy dia el de mas precio que crian las afamadas viñas de Jerez, fué trasplantado á ellas de Castilleja, donde primero fué aclimatada la vid que lo da, por un vecino del mismo pueblo llamado Pedro Jiménez, soldado de los tercios de Flándes, y que hombre industrioso, se hizo á su regreso, de sarmientos de la viñas del Rhin, las cuales perdiendo en este suelo y bajo este sol, el sabor acidulado de su mosto, lo trocaron en el pastoso y dulce del vino generoso, que hoy se conoce con el nombre de su introductor en nuestro país.

Tampoco olvidemos que en este pueblo nació Hernan Cortés, y que la casa en que tan insigne y esforzado varon dió su último suspiro, ha sido comprada y restaurada por los Sermos. Señores Infantes Duques de Montpensier, con ese atinado buen gusto y ese zelo por los recuerdos gloriosos y religiosos del país, que hacen de los hermanos de nuestros Reyes, los ángeles reparadores de las santas históricas ruinas. Si hubiese en nuestra triste y revuelta época mas amor

á la verdadera patria, habria mas gratitud hácia los que la honran y enaltecen en sus pasadas grandezas, y ya se habrian levantado estátuas á príncipes tan admirables en todos conceptos. Pero el tiempo venidero se encarga siempre de pagar con creces las deudas que el pasado no salda por completo.

Desde Castilleja empieza la mencionada comarca del Aljarafe llamado por los romanos los jardines de Hércules. Cubren este gran distrito muchos pueblecitos, que deben con preferencia su bienestar al cultivo de la viña. La inmensa cantidad de uva, y la no ménos considerable de mosto que suministran á Sevilla, son origen de su modesta prosperidad.

Años atras, no obstante, y cuando se hallaba España en la postracion y abandono, que fué natural consecuencia de la heroica guerra de la independencia, en que la nacion entera, cual aquellos grandes y nobles caballeros que iban á la guerra santa, todo lo abandonó para defender su independencia, y probó venciendo:

Que en tocando á Dios y al Rey,
A nuestras casas y hogares,
Todos somos militares
Y formamos una grey.

Años atras, decimos, aquellas fincas rurales, como todas las demas, estaban abandonadas, destruidos sus edificios, perdidos sus plantíos, y habian caido por improductivas en gran menosprecio. Sus dueños arruinados como ellas, no se hallaban en disposicion, por entónces, de hacer los costosos adelantos de reparacion que plantíos y edificios necesitaban, y que segun la expresion del país *pedian* aquellos, pues la tierra de Dios es tan agradecida y propicia, que solo pide al hombre que labre y cultivo á sus hijas las plantas para cumplir la mision que de Dios recibiera de colmarlo de sus dones.

CAPÍTULO II.

HALLÁBASE esta hacienda de viña á la entrada de un lugar, y como ya hemos observado, gracias á la solidez de su fábrica mantenía-se en pié en su lucha con el tiempo, como un gladiador que no se rindiese, doblase, ni cayese sino para morir.

Veíanse en sus erguidos muros las arrugas que imprime la vejez, y el color mústio que dan los temporales á los edificios como se lo dan á los rostros de los hombres que viven de continuo á la intemperie.

La grandiosa portada se alzaba tan derecha, entera y al-tiva cual si quisiera ocultar á las miradas de los transeuntes, el abandono y ruina que tenia á sus espaldas; pero la puerta desvencijada y rajados sus tablones, las ponía, bien á pesar suyo, á la vista de todos.

Sobre la puerta de la portada habia practicado un nicho en el que, detras de un enrejado de alambre, se veía una pequeña imágen de bulto de la Virgen, de cuya advocacion, que era la de la Paz, tomaba la hacienda su nombre.

El cuerpo alto de la casa estaba inhabitable á causa de las muchas goteras, así como el lagar y las vacías bodegas anexas á la casa que parecían tener cribas por techumbre.

En los bajos vivía con su numerosa prole el hijo del que habia sido capataz de la viña cuando se labraba, el que, aunque no recibía salario, seguía guardando el edificio por la ventaja de vivir casa sin tener que pagarla.

Las tapias que como guardianas rodeaban á los corrales, confiadas en que nada habia que guardar en aquel edificio abandonado, por complacer á sus amigos los lagartos habian abierto grietas que les sirviesen de albergue, las que habian aprovechado tambien las preciosas plantas parásitas para extenderse y florecer á sus anchas, formando sobre las tapias pabellones y colgaduras, que imitan en sus ornatos los tapices, pero nunca con tanta gracia.

En los corralones habian crecido á su amor las higueras